

Entre música y memoria: la estructura narrativa, el simbolismo cultural y los ecos autobiográficos en *Le dedico mi silencio* de Mario Vargas Llosa

Between music and memory: Narrative structure, cultural symbolism and autobiographical echoes in Le dedico mi silencio by Mario Vargas Llosa

Manuel Alfredo Garduño Oropeza*

Resumen:

El presente artículo analiza la novela *Le dedico mi silencio* de Mario Vargas Llosa, destacando cómo la historia presenta la música criolla como un símbolo de identidad y memoria cultural en el Perú. A través del protagonista, Toño Azpilcueta, Vargas Llosa explora el papel de la música criolla en la construcción de la unidad nacional, mostrando cómo esta tradición, aunque marginalizada, resurge constantemente como un acto de resistencia frente a la modernidad y la globalización.

El artículo hace una interpretación de la obra a partir del mito de Dionisio, cuyo ciclo de destrucción y renacimiento simboliza la capacidad regenerativa de la música criolla. Este enfoque conecta el arte con procesos universales de transformación y resalta su poder trascendental en momentos de crisis.

Asimismo, el artículo examina las resonancias autobiográficas en la novela, vinculando a Toño con los años formativos de Vargas Llosa como estudiante en San Marcos y joven periodista. La estructura narrativa fragmentada refuerza este paralelismo, reflejando tanto las tensiones internas del protagonista como la naturaleza de la tradición criolla, construida a partir de recuerdos dispersos y testimonios colectivos. En conjunto, la novela celebra la música criolla como un espacio de trascendencia cultural, al tiempo que reflexiona sobre el arte como una fuerza transformadora y unificadora.

Palabras clave: Música criolla, identidad, cultura, mito de Dionisio, fragmentación narrativa.

Abstract: *The article analyzes Mario Vargas Llosa's novel Le dedico mi silencio, highlighting how the novel portrays Peruvian criollo music as a symbol of cultural identity and memory. Through its protagonist, Toño Azpilcueta, Vargas Llosa explores the role of criollo music in fostering national unity, illustrating how this tradition, though marginalized, continually resurges as an act of resistance against modernity and globalization.*

The work is interpreted through the lens of the Dionysian myth, whose cycle of destruction and rebirth symbolizes the regenerative power of criollo music. This perspective connects art with universal transformation processes and underscores its transcendental power during times of crisis.

The article also examines autobiographical elements in the novel, linking Toño to Vargas Llosa's formative years as a student at San Marcos University and as a young journalist. The fragmented narrative structure reinforces this parallel, reflecting both the protagonist's internal struggles and the nature of the criollo tradition, built from dispersed memories and collective testimonies. Overall, the novel celebrates criollo music as a space of cultural transcendence while reflecting on art as a transformative and unifying force.

Keywords: *Peruvian Creole music or Criollo music, culture, identity, Dionysian myth, narrative fragmentation.*

* Universidad Autónoma del Estado de México, Facultad de Lenguas, México, manuel.garduno73@gmail.com

Introducción

En *Le dedico mi silencio* (2022), Mario Vargas Llosa ofrece una reflexión profunda sobre la música criolla peruana, presentándola como un espacio de resistencia, lucha y memoria cultural frente a los embates de la modernidad y la globalización. Sin embargo, la novela no solo representa un homenaje a esa tradición musical, sino también un vehículo para explorar las preocupaciones personales del autor, muchas de ellas arraigadas en su propia biografía.

A través del protagonista, Toño Azpilcueta, Vargas Llosa traza paralelismos con episodios de su propia vida, la lucha por consolidarse como periodista y escritor, los años de formación en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y las dificultades de posicionar un proyecto cultural en un entorno marcado por desigualdades sociales. Este análisis explora cómo los aspectos autobiográficos y el mito de Dionisio enriquecen la interpretación de la novela, destacando su complejidad narrativa y simbólica.

Toño Azpilcueta: reflejo de Vargas Llosa en su juventud

Toño Azpilcueta, el protagonista de la novela, comparte con el joven Mario Vargas Llosa un rasgo fundamental: la obsesión por registrar y rescatar una forma de expresión que, en su contexto, está en riesgo de desaparecer. El escritor, en sus primeros años como estudiante de San Marcos y joven periodista, vivió un proceso similar mientras intentaba abrirse paso en un entorno literario y político adverso. En la novela se resalta más de una vez la preocupación de los personajes en un ambiente confuso en el Perú de Sendero Luminoso.

Durante su época universitaria, Vargas Llosa asistió a San Marcos, una institución marcada por la efervescencia ideológica y el debate cultural. Allí, al igual que Toño, forjó su compromiso con proyectos intelectuales que aspiraban a transformar la percepción del arte y, a través de éste, a la sociedad peruana. En la novela, este espíritu se refleja en la cruzada de Toño por documentar y revitalizar la música criolla, un esfuerzo que Vargas Llosa, como escritor emergente, realizó en otro ámbito, la literatura.

Asimismo, las referencias de Toño a los esfuerzos frustrados por ser tomado en serio recuerdan la experiencia del autor cuando trabajaba como periodista en Lima. En sus memorias y entrevistas, Vargas Llosa ha narrado cómo sus inicios estuvieron llenos de rechazo y precariedad, elementos que resuenan en la figura de Toño, quien, a pesar de su pasión, enfrenta constantes obstáculos para completar su *gran proyecto* de documentar la tradición criolla (Vargas Llosa, 1993).

El mito de Dionisio y la música criolla como renacimiento cultural

El simbolismo del mito de Dionisio, donde la destrucción y la fragmentación son prerequisites para el renacimiento, es clave para interpretar tanto el recorrido de Toño Azpilcueta como el papel de la música criolla en la novela. Dionisio, dios del vino, el éxtasis y la transgresión, representa el desborde de la razón y el retorno de lo reprimido, elementos que Barthes (1991) vincula con lo fragmentario como generador de nuevos sentidos. Vargas Llosa, al igual que Dionisio en la mitología griega, supo transformar las adversidades y el rechazo en una fuerza creativa que le permitió emerger como una de las figuras más influyentes de la literatura hispanoamericana. Como se narra en *El pez en el agua* (1993), sus años de formación estuvieron marcados por la precariedad, el desprecio al periodismo cultural y la marginalidad de la literatura en un país convulsionado por la política.

En la novela, este mito aparece de forma recurrente. Por un lado, la música criolla se presenta como un arte herido, que cayó en desuso y enfrenta el olvido, pero que —como Dionisio, desmembrado por los titanes y vuelto a la vida— es capaz de renacer desde los márgenes y transformar a quienes la abrazan. Esta capacidad de redención estética y emocional encarna en Lalo Molfino, el guitarrista genial cuya biografía resuena con el pathos dionisiaco: abandonado en un basurero, sin padres ni educación formal, Molfino emerge como una figura casi mítica, “el último virtuoso que hizo hablar al alma del Perú con una sola cuerda rota” (Vargas Llosa, 2022: 114). Su música no solo transgrede lo técnico, sino que convoca un sentimiento nacional profundo, una especie de éxtasis colectivo similar al del teatro dionisiaco en la Grecia antigua.

Toño Azpilcueta, por su parte, aparece como el sacerdote laico de ese culto moderno: es el testigo y el narrador del milagro criollo, dispuesto a sacrificar su propia estabilidad emocional y profesional para documentar la grandeza de Molfino y, con ello, la posibilidad de una patria reconciliada a través del arte. Este proceso de destrucción y renovación también puede entenderse como un reflejo de los primeros años de Vargas Llosa, quien, al enfrentarse a un sistema literario hostil, utilizó su pasión y su trabajo disciplinado como herramientas para trascender las limitaciones de su contexto y elevar lo local a una categoría universal.

La estructura narrativa como eco de la fragmentación y la memoria

La estructura de la novela, organizada en capítulos breves y fragmentados, parece hacer una recuperación de los inicios periodísticos de Vargas Llosa, quien, antes de ser novelista, trabajó en medios como *La crónica* y *El comercio*. En *El pez en el agua* (1993) cuenta su juventud en Lima, sus estudios en la Universidad de San Marcos, sus primeros trabajos como periodista, y las dificultades económicas y personales que enfrentó. Aquí reflexiona también sobre el rechazo de sus primeros textos y la lucha por hacerse un nombre como escritor serio. Esta experiencia le enseñó a construir narrativas basadas en detalles concretos, entrevistas y episodios dispersos que, unidos, ofrecían una visión más amplia de la realidad. En *Le dedico mi silencio*, esta técnica se traduce en una narrativa que combina anécdotas personales, testimonios de músicos criollos y reflexiones sobre la historia cultural del Perú.

Además, la fragmentación narrativa refuerza el tema de la música criolla como un arte que surge de pedazos de memoria colectiva. Como sugiere Roland Barthes (1991), no destruye el sentido, lo amplifica, permitiendo que emerja un conjunto más rico y profundo. Esta forma refleja, además, la experiencia personal de Vargas Llosa, quien en su juventud tuvo que recoger segmentos de vivencias laborales y culturales para construir su identidad como escritor.

La estructura fragmentada de *Le dedico mi silencio* rompe con la linealidad convencional para ofrecer una narrativa que se asemeja más a una composición musical que a una novela tradicional. Los capítulos funcionan como piezas autónomas que, al combinarse, forman una suerte de *partitura literaria*. Vargas Llosa alterna entre recuerdos personales del protagonista Toño Azpilcueta, anécdotas históricas sobre músicos criollos, y reflexiones filosóficas sobre el Perú y su identidad.

Esta fragmentación no es arbitraria. Al igual que en un vals criollo, los temas recurrentes como la nostalgia, el amor por el arte o la búsqueda de unidad, aparecen como estribillos que refuerzan la cohesión temática de la obra. Así, Toño Azpilcueta vuelve una y otra vez a los recuerdos de su niñez en Lima —“cuando escuché por primera vez ese vals y sentí que algo me desgarraba por dentro” (Vargas Llosa, 2022: 47)— como forma de explicar su obsesión con la música criolla. La figura de Lalo Molino, el mítico guitarrista que encarna la pureza del arte popular se convierte en un motivo recurrente, casi litúrgico, que Toño evoca como un símbolo de una patria posible: “con su guitarra hacía hablar al Perú que pudo haber sido y no fue” (Vargas Llosa, 2022: 89).

Este enfoque también refleja la oralidad inherente a la música criolla, que, como la narrativa de la novela, se construye a partir de relatos compartidos, repeticiones y emociones intensas. Los testimonios de músicos, amigos y familiares sobre Molfino se entrelazan como décimas improvisadas que, en su multiplicidad, intentan componer una verdad coral. Así, el texto avanza como un contrapunto musical, donde cada voz aporta un matiz distinto y donde la fragmentación estructural no debilita, sino que potencia el carácter comunitario de la memoria.

El ritmo pausado y melancólico de los capítulos imita la cadencia de un vals criollo, haciendo que la experiencia de leer la novela se asemeje a escuchar una composición musical. En este sentido, la estructura de la obra se convierte en un homenaje literario a la música que pretende celebrar.

En los episodios de *Le dedico mi silencio* se alternan la historia novelística de Toño Azpilcueta y las que parecen ser las partes del libro que él está escribiendo; ese documento académico, más allá de presentar al mejor guitarrista que ha nacido en el Perú, pretende rescatar el valor cultural, social, histórico y artístico de la música criolla bajo la primicia de que unirá al Perú, sus pueblos y su gente.

Los capítulos, como piezas autónomas, actúan como movimientos en una composición, cada uno con su propia tonalidad, pero conectados por un leitmotiv: la búsqueda de unidad cultural, ya sea mediante un instrumento como el cajón, un género como el vals criollo, un artista como Felipe Pinglo, o un constructo social como la *huachafaría*. Esta fragmentación no diluye el mensaje de la novela, sino que lo refuerza, evocando lo que Barthes (1991) llama la pluralidad de significados, inherente a cualquier obra artística.

Simbolismo de la música criolla como memoria colectiva

La música criolla en *Le dedico mi silencio* no solo es un tema central, sino un símbolo de memoria colectiva y resistencia cultural. Benedict Anderson (2006), en *Imagined Communities*, sostiene que las naciones se construyen en torno a narrativas compartidas que generan un sentido de comunidad. En este sentido, Vargas Llosa utiliza la música criolla —a través de Toño Azpilcueta— como una de esas narrativas, la representa como un puente entre generaciones y clases sociales en el Perú. Se asemeja a un lenguaje universal que, a pesar de las divisiones sociales, raciales y económicas, tiene el potencial de unir a los peruanos bajo un sentimiento compartido de pertenencia y nostalgia.

Las letras de canciones emblemáticas, como “El plebeyo” de Felipe Pinglo Alva o “La flor de la canela” de Chabuca Granda, se utilizan en la novela no solo como referencias culturales, sino como anclajes emocionales que conectan a los personajes con sus raíces y entre sí. Además, actúan como testimonios históricos que reflejan las luchas sociales y los cambios culturales del Perú a lo largo del siglo XX. Anderson (2006) señala que las comunidades imaginadas no dependen de la interacción física, sino de símbolos compartidos. En la novela, la música criolla actúa como ese símbolo, conecta a personajes de diferentes orígenes bajo un sentimiento común de pertenencia y nostalgia.

Sin embargo, Vargas Llosa también muestra los límites de esa idealización. A través de las frustraciones de Toño, quien lucha por completar su libro sobre la música criolla, la novela sugiere que el arte no siempre es suficiente para superar las divisiones estructurales de una sociedad profundamente fragmentada.

Realidad y ficción en la construcción de una *crónica cultural*

En *Le dedico mi silencio*, Vargas Llosa mezcla personajes históricos, como Chabuca Granda, con figuras ficticias, creando lo que Homi Bhabha (1994) en *The Location of Culture* describe como un *tercer espacio* donde convergen realidad y ficción. Este enfoque permite al autor reflexionar sobre la naturaleza mutable de la memoria cultural; enfatiza cómo el arte no solo preserva el pasado, sino que también lo transforma y reinterpreta.

Bhabha (1994) argumenta que el arte no es simplemente un reflejo de la identidad cultural, sino un espacio donde ésta se negocia y se reinventa. Eso es evidente en la novela, donde Toño Azpilcueta lucha por capturar la esencia de la música criolla en su libro y se enfrenta constantemente a las limitaciones de la representación. La tensión entre lo que puede y no puede decirse resalta el poder de la ficción para llenar los vacíos de la historia.

Una de las estrategias más interesantes de Vargas Llosa en *Le dedico mi silencio* es el juego constante entre la realidad y la ficción. Quizá el escritor decidió utilizar la novela —como el recurso literario por encima de una variante de texto académico— para promover el renacimiento de la música criolla y difundir de forma masiva esa parte de la historia y la cultura peruana en el mundo.

El protagonista, Toño Azpilcueta, actúa como un mediador entre esos dos mundos. Su obsesión por documentar la música criolla refleja la tensión entre el deseo de preservar el pasado y la inevitable subjetividad de cualquier intento de hacerlo. La frustración de Toño al no poder

terminar su libro subraya la naturaleza inalcanzable de capturar por completo la riqueza y la complejidad de una tradición cultural. Vargas Llosa se muestra, a través de Toño Azpilcueta, como un escritor siempre insatisfecho con su trabajo; como un novelista, periodista e investigador que, al discutir temas de cultura, historia y sociedad, se da cuenta de que hablar de un pueblo y sus tradiciones es una tarea infinita.

Toño Azpilcueta y Vargas Llosa: un diálogo implícito

La relación entre Vargas Llosa y su protagonista, Toño Azpilcueta, invita a reflexionar sobre el papel del autor como narrador y mediador cultural. Maurice Halbwachs (2004), en *La memoria colectiva*, señala que la memoria individual está moldeada por los marcos sociales en los que se desarrolla. De manera similar, la obsesión de Toño por documentar la música criolla refleja tanto sus experiencias personales como las influencias culturales más amplias del Perú.

Sin embargo, a diferencia de Halbwachs, quien ve la memoria colectiva como un mecanismo estabilizador, Vargas Llosa sugiere que la memoria también puede ser una fuente de frustración y conflicto.

Es inevitable preguntarse hasta qué punto Toño Azpilcueta es un alter ego de Mario Vargas Llosa. Ambos comparten un profundo interés por la cultura peruana y una obsesión por la narración como medio para entender el mundo. Sin embargo, las diferencias entre ellos son igualmente reveladoras. Mientras que Vargas Llosa es una figura cosmopolita y pragmática, Toño es un soñador confinado a ciertos barrios y espacios en la ciudad de Lima cuya vida gira exclusivamente en torno a su amor por la música criolla.

Esta distancia permite a Vargas Llosa reflexionar sobre temas universales, como la relación entre el arte y la identidad, sin limitarse a su experiencia personal. A través de Toño, el autor explora la posibilidad de que el arte pueda ser tanto una fuerza unificadora como una fuente de frustración, especialmente en un contexto tan complejo como el peruano.

Conclusión: Vargas Llosa, Toño y la memoria criolla

Le dedico mi silencio es una obra que trasciende su aparente sencillez para convertirse en una meditación profunda sobre la memoria, la identidad y el poder del arte. Su estructura fragmentada y su cadencia musical permiten a Vargas Llosa rendir homenaje a la música criolla mientras reflexiona sobre su capacidad para unir y dividir.

Al elegir una narrativa emocional y lírica en lugar de un enfoque académico, Vargas Llosa invita al lector a experimentar la música como un acto vivo y significativo. La novela, como la música que celebra, se convierte en un espacio de: diálogo, nostalgia y esperanza, en el que las contradicciones de la identidad peruana encuentran una expresión compleja y conmovedora.

En *Le dedico mi silencio*, Mario Vargas Llosa no solo celebra la música criolla como un elemento esencial de la identidad peruana, también utiliza la novela como un espacio para explorar temas profundamente personales. A través de Toño Azpilcueta, Vargas Llosa revisita su propia juventud, sus años de formación en San Marcos y su lucha por hacerse un nombre como escritor y periodista.

La conexión entre los aspectos autobiográficos, el simbolismo del mito de Dionisio y la narrativa fragmentada refuerzan el mensaje central de la novela: la memoria y el arte son fuerzas transformadoras capaces de renacer incluso en los momentos de mayor adversidad. Así como Vargas Llosa logró transformar sus propias experiencias en una obra literaria que trasciende lo local, la música criolla se presenta en la novela como una tradición que, a pesar de su fragmentación y declive, conserva el poder de unir y dar sentido a la comunidad más allá de la religión, el lenguaje o la política.

Referencias

- Anderson, B. (2006). *Imagined communities: Reflections on the origin and spread of nationalism* (Revised ed.). Londres: Verso.
- Barthes, R. (1991). *The responsibility of forms: Critical essays on music, art, and representation* (traducción de R. Howard). California: University of California Press.
- Bhabha, H. K. (1994). *The location of culture*. Nueva York: Routledge.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva* (traducción de S. Mendiola). Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Vargas Llosa, M. (1993). *El pez en el agua*. Madrid: Alfaguara.
- Vargas Llosa, M. (2022). *Le dedico mi silencio*. Madrid: Alfaguara.

Sobre el autor:

Manuel Garduño es Profesor de tiempo Completo de la Facultad de Lenguas con más de 30 años de antigüedad. Actualmente es Estudiante del Doctorado en Humanidades: estudios literarios. Ha centrado su trabajo académico en el área de Lingüística, particularmente la Morfología y Sintaxis del idioma inglés. Desarrolla un trabajo de investigación literaria basado en el comparatismo de la literatura con las otras artes, en concreto con la música jazz. En el año 2016 publicó una novela de título *Flashback* y mantiene desde el 2014 un blog en el que publica ensayos académicos, cuentos y narrativa experimental. Además, ha publicado algunos artículos académicos en el área de enseñanza del inglés, así como algunos cuentos en obras compilatorias.

